

Hilvanando

Por: Gentleman 

Esteban ni siquiera contaba con la compañía de la luna.

El cielo nocturno estaba totalmente cubierto con densos nubarrones, cuya espesa capa reducía a la luna a un círculo borroso rodeado con un halo desdibujado de luz albina. Su silueta se hallaba recortada sobre un lienzo de tonalidad naranja azulada, debido a la contaminación lumínica. Lo único que rompía con la monotonía de las nubes eran los refucilos que de vez en cuando iluminaban el horizonte, ocasionalmente acompañados por el sonido apagado de un trueno distante.

Hacía ya diez minutos que estaba sentado en la pequeña garita donde se suponía que pasaría el autobús. Temblando ligeramente a causa del frío, se arremangó para dejar al descubierto la muñeca izquierda, donde un reloj barato de plástico le indicaba que ya eran las dos con cuarenta minutos de la madrugada. *No me lo pude haber perdido* –pensó, mordiéndose el labio inferior para evitar el castaño de sus dientes–. *Sólo salí cinco minutos más tarde. Además, siempre pasa a deshora... ¡Lo que faltaba!*

El suave murmullo de la lluvia había comenzado a percibirse en la lejanía, y no tardó más que un puñado de segundos para llegar a donde él estaba. No era una lluvia profusa; es más, apenas estaba un escalón por encima de una fuerte llovizna. El repiqueteo de las gotas en el techo de chapa no hacía más que aumentar su malestar.

Asomó la cabeza un par de centímetros por fuera de la garita, cubriéndola con la gruesa capucha de su abrigo, y miró tanto a la izquierda como a la derecha. Sin embargo, la nada misma le devolvió la mirada. Pequeñas gotas humedecieron la punta de su nariz y parte de sus carrillos.

Esteban maldijo entre dientes mientras se retrepaba en el duro asiento de madera. El agua vino acompañada con una gélida brisa que le congelaba la cara.

–Disculpe –casi da un respingo al oír esa inesperada voz–, ¿le molesta si me siento?

No respondió, sino que se limitó a analizar de pies a cabeza a la persona que le hablaba, intentando dilucidar de dónde había salido. De inmediato se percató de que se trataba de un vagabundo. Llevaba el pelo corto y relativamente prolijo, pero su barba entrecana era espesa y enmarañada, ocultándole la parte frontal del cuello y la ropa. Llevaba encima un abrigo raído que parecía estar constituido casi totalmente por parches variopintos. En contraste, su pantalón negro estaba sorprendentemente sano, quizás con un par de hilos sueltos en torno a los bolsillos, pero en general presentaba un buen estado. Era de algodón y tenía un diseño ligeramente jaspeado.¹

En uno de los bolsillos de su abrigo guardaba un objeto indefinido que sobresalía como un bulto informe

Aún sin emitir palabra, Esteban se arrastró a la derecha, casi al final de la banca, para que el hombre tuviera lugar para sentarse. Éste, a pesar de poseer espacio suficiente para dejar una respetable separación entre ambos, se arrellanó insoportablemente cerca de Esteban. Insoportablemente cerca, claro está, desde la perspectiva de este último.

El vagabundo se desperezó, estirándose con considerable desfachatez.

–Gracias –comentó, frotándose las manos para devolver el calor a sus entumecidas falanges–. Mierda que hace frío, ¿no le parece?

Lo que me faltaba: socializar pensó, ahogando un resoplido hastiado. *Al menos, éste no apesta.*

Aunque ese comentario podía parecer algo peyorativo, a Esteban le había tocado compartir el transporte público con vagabundos antes, y más de una vez se había sentado junto a personas cuya

¹ Gracias, Hadley Chase (Eva, 1945), y gracias, OPescado, por darme la oportunidad de usar esta palabra.

higiene era, por decirlo de manera amable, cuestionable (y hubo otras ocasiones en donde se podía afirmar, inequívocamente, que ésta era inexistente).

No respondió de inmediato. Tenía la mente ocupada con dos elucubraciones; una parte de su cerebro estaba ocupada maldiciendo al transporte y su inusual tardanza, mientras que la otra conjeturaba acerca del objeto que su particular compañero escondía dentro del bolsillo. Pudo colegir, casi inmediatamente, que no se trataba de un arma, porque le pareció que el objeto insinuaba un contorno cilíndrico, aunque podía estar equivocado.

–Sí, está fresco... ¿Usted espera el autobús? –inquirió, tratando de fingir interés.

–No, no –respondió el otro, mirándose las uñas sucias–. Es que no tengo techo, ¿vio? Si no fuera por la lluvia, estaría durmiendo en la plaza que está a un par de cuadras. Antes pasaba la noche en la terminal, pero me echaron de ahí. Dijeron que mi presencia molestaba a los viajeros.

–¿Ah, sí? –no tenía interés en proseguir, así que intentó que esa pregunta fuera el punto final del diálogo.

–Tiene pinta de que no va a parar –añadió el vagabundo, centrándose en el horizonte que se extendía por encima de los techos lejanos–. ¿Y usted qué hace aquí a esta hora?

Maldita sea.

–Recién salgo de trabajar –se deslizó un poco en su asiento, repantigándose mientras metía ambas manos en los bolsillos de sus vaqueros. Si tenía que entablar una conversación, por lo menos se pondría cómodo–. Trabajo como sereno en el Paseo Artigas. Mi turno acabó hace unos minutos.

–¿En serio? ¡Qué coincidencia! –Esteban lo miró inquisitivamente–. Mi primo trabaja en el Paseo Artigas. Es el dueño de la Joyería Menéndez.

–¿De verdad? –su curiosidad era genuina. La Joyería Menéndez era la tienda de alhajas y piedras preciosas más grande de Sargento Luna, así como también el principal lugar para llevar a cabo la compraventa de metales como oro y plata–. ¿Entonces, por qué usted...? –se interrumpió a sí mismo, pero ya era muy tarde.

–No sienta vergüenza de preguntar, mi amigo. –se apresuró a decir el vagabundo, para evitar que se produjera un embarazoso silencio–. Usted se pregunta por qué estoy en situación de calle si mi primo tiene un trabajo tan bueno. La verdad, nos llevamos relativamente bien, y seguro que si se lo pido, él estaría gustoso de ayudarme. Pero cargo con un pequeño problema...

El silencio que el vagabundo había frustrado unos segundos antes recayó en ese momento, y con una magnitud amplificadas. Esteban sentía que debía decir algo, pero no se le ocurría nada para comentar. Para colmo, el suave repiqueteo de la lluvia no parecía hacer otra cosa que aumentar la incomodidad.

–¿Y cuál sería ese problema? –preguntó, luego de unos pocos segundos que se habían arrastrado con una lentitud insufrible–. Estoy seguro que a su primo no le importará. Es más, podría ayudarlo a deshacerse de él.

–Eso sería difícil, debido a que el problema –hizo una pequeña pausa para rascarse la cabeza– soy yo.

–¿Cómo dice?

–Lo que oyó –volvió a arrellanarse en la banca. Parecía sentirse incómodo al hablar del tema, aunque Esteban no estaba del todo seguro.

–¿Pero cómo usted? ¿Acaso no le gusta trabajar? –comprendió que la pregunta había sonado muy despectiva, pero confiaba que su interlocutor no la interpretara de esa manera.

–No, no es eso. El problema lo tengo aquí –golpeó la punta del dedo índice contra su sien derecha–. No se preocupe, no estoy loco, o por lo menos no creo estarlo. Es sólo que... –tragó saliva, mirando hacia las gotas, que seguían cayendo espaciadamente–. He visto cosas.

La lluvia comenzó a caer un poco más fuerte, formando una espesa cortina de agua. Esteban bajó la mirada de la forma más sutil que pudo, localizando el bolsillo que ocultaba ese misterioso objeto que se presentaba, en el exterior, como un bulto de forma indefinida. No había llegado al extremo de temer

por su vida, pero comenzaba a considerar seriamente la posibilidad de salir corriendo, a pesar de que estaba casi seguro de que no se trataba de un arma. *O, por lo menos, no de un arma de fuego* pensó.

–Tranquilo, no estoy loco ni nada parecido –repitió el vagabundo al notar la incómoda mirada del otro–. Sólo estoy... cansando. Sí, ésa es la palabra. Cansado de vivir, pero no lo suficiente para morir. La lucha diaria para sobrevivir me mantiene distraído, casi que hasta entretenido le diría. Es un alivio inesperado, pero bienvenido.

–Entiendo... –aún desconfiaba considerablemente de ese hombre, así que decidió que, por ahora, lo más lógico sería seguirle el juego. Con suerte, el maldito autobús haría acto de presencia más temprano que tarde–. ¿Y puedo preguntar qué vio? Digo, si no le molesta decirme.

El vagabundo resopló pesadamente, víctima, en apariencia, de un súbito cansancio.

–Javier –dijo, y extendió una mano sucia, pero no para estrecharla, sino en forma de puño, quizás comprendiendo lo incómodo que sería para su acompañante tener que sujetar una mano desconocida que parecía estar cubierta de mugre en cada centímetro cuadrado, incluyendo bajo las uñas.

–Esteban –repuso el otro, respondiendo al saludo con un amistoso golpe de puño.

Javier escondió ambas manos en los bolsillos antes de retrepase en su asiento y cruzar las piernas. Su rodilla comenzó a presentar ligeras trepidaciones, que podían achacársele tanto al frío que había traído la lluvia como a los pensamientos que atravesaban su mente.

–Bueno, no es tanto lo que vi, sino más bien la situación que me tocó vivir. Verá, fue una experiencia un tanto... particular, si tengo que calificarla de alguna manera. Todo sucedió hace años.

”Cuando era niño –en su voz había un dejo muy perceptible de reticencia–, vivía con mis padres en el límite de la ciudad. Sepa que le estoy hablando de varios años atrás. A día de hoy, la ciudad se ha expandido, por lo que la zona donde antes vivía ahora está urbanizada. Afortunadamente, el plan que se inició para la creación de más barrios está paralizado...”

–¿Afortunadamente?

–Ya sabrá a qué me refiero, pero le pido paciencia.

–Está bien.

–Como decía, nuestra vivienda estaba en el límite de la ciudad, literalmente. Es más, estábamos más cerca del bosque Sabanqui que de la ciudad misma. ¿Conoce usted el bosque?

Esteban lo conocía.

El bosque Sabanqui es una arboleda repleta de vegetación que se extiende por más de 4800 kilómetros cuadrados (aunque en otro tiempo llegaba a extenderse por más de 6000), y que tiene su centro en el corazón del partido. Todas las localidades del mismo (Ciriano, Burbuán, Sargento Luna, Pascual y Pagos Altos) lindan con él, algunos más que otros. Mientras Sargento Luna, por ejemplo, apenas comparte unos pocos cientos de metros, otros, como Pagos Altos, utilizan al bosque para delimitar su frontera.

Aunque está constituido en su mayoría por árboles como robles, fresnos y sauces (entre otros), también hay otra clase de vegetación, como arbustos bajos muy tupidos, hiedras que escalan los troncos de los ya mencionados árboles, e incluso existen algunos calveros dentro del bosque donde se yerguen, tímidamente, pequeños grupos de girasoles.

–Lo he visto de lejos, sí; desde la ruta. Mucha urbanización, pero aún no tenemos un hospital decente. He tenido que ir a Ciriano un par de veces para poder realizarme ciertos estudios.

Javier pareció restarle importancia al comentario.

–Mi familia era muy pobre. Es más, a día de hoy continúo con esa tradición, pero antes no era responsable de mí mismo. O quizás sí, porque aunque pasábamos casi todos los días juntos, mi padre no se preocupaba por mi bienestar. Y mi madre, que me amaba con todo su corazón, era terriblemente negligente. Le gustaba malgastar su día paseando por la ciudad. Algunas veces pedía comida o dinero, pero mayoritariamente se limitaba a mirar los escaparates de las tiendas de ropa y las peluquerías. Sé que ella ansiaba una vida que no podía tener, pero a su vez no hacía nada para intentar costearse alguno de esos ‘lujos’.

”Nuestra vivienda apenas sí podía considerarse como tal. Eran sólo cuatro muros de madera con un techo de chapa, con un trapezoide recortado toscamente en uno de los lados para que sirviera de ventana. Eso era todo lo que conocía como un hogar. Algo tan simple como no pasar frío durante las noches de invierno era algo impensado para mí.

”No iba a la escuela, sino que durante el día ayudaba a mi padre a recolectar cartones y botellas, para luego venderlas en una planta de reciclaje cercana, aunque lo que nos pagaban era una miseria. Por suerte, mi padre no era alcohólico. Supongo que ése es un punto que tenía a favor. Pero en contraposición, nunca se privaba de una cajetilla de cigarrillos por día, como mínimo. Así que, en las jornadas más flojas, mi madre y yo pasábamos hambre, y mi padre parecía llenarse sólo con humo.

”A mí me encantaba jugar en el bosque. Había algunos días en los cuales me despertaba temprano, antes que mis padres, y escapaba para pasar allí el día. Al principio le tenía miedo, pero con el tiempo comprendí que no tenía por qué temer. Usted sabe, uno de niño se cree que hay osos o lobos en cualquier lugar que tenga cinco árboles juntos, mas me bastaron un par de visitas para entender que ese bosque sólo estaba habitado por pájaros e insectos...

Javier extrajo una mano del bolsillo para acariciarse la barba. Tenía los ojos vidriosos, pero Esteban no pudo precisar si estos se habían puesto así por culpa de la brisa, que los golpeaba casi de frente, o por los recuerdos que el vagabundo estaba desenterrando.

Sea como fuere, dos rápidos parpadeos le arrancaron pequeñas lágrimas, las cuales fueron enjugadas casi de inmediato.

–Bueno –dijo, volviendo a esconder su mano en el lugar del que había venido–, perdón si lo estoy aburriendo, pero espero que tenga la suficiente paciencia para escuchar toda mi historia.

–Yo no tengo problema, pero tendré que irme cuando llegue el autobús. Espero que no se enoje.

–Para nada, para nada. Sólo quería asegurarme.

La lluvia comenzó a arreciar, desdibujando todo aquello que estuviera más allá de unos pocos metros.

Esteban encogió las piernas para evitar que el agua mojara su calzado. Pensó en Luis, que en ese momento se hallaba haciendo guardia en el Paseo Artigas. Lo imaginó parado bajo la protección de uno de los toldos que poblaban el lugar.

Javier, por su parte, sólo parpadeó un par de veces, mirando el repiqueteo de las gotas en el pavimento.

Una pequeña corriente de agua se formó junto a los bordillos de ambas aceras, arrastrando consigo una colilla de cigarro y un par de envoltorios de aluminio que otrora habían contenido caramelos.

–Eventualmente –recapituló–, ocurrió lo inevitable: mis padres tuvieron una discusión. Comenzaba a anochecer, y yo había pasado toda la tarde en el bosque.

”Desde fuera podían oírse los gritos. Mi madre le recriminaba a mi padre que siempre gastaba el dinero en cigarrillos, priorizándolos por encima de la comida, lo cual era cierto. Mi padre, por su parte, se defendió diciendo que mi madre no aportaba nada a la casa y que se pasaba todo el día mirando escaparates, lo cual también era cierto.

”Yo sólo tenía diez años y no llegaba a comprender completamente la magnitud de todo aquello. De un momento a otro, los reproches dieron paso a los insultos, y estos a los golpes –carraspeó ligeramente. Parecía que las palabras se le atoraban en la garganta–. Entonces, vi cómo la cabeza de mi madre se asomaba por esa ventana mal hecha, pero no como si estuviera tratando de escapar. No. Ella cayó violentamente hacia atrás, y el borde golpeó contra su cuello, el cual quedó doblado en un ángulo antinatural. Recuerdo que un hilo de sangre comenzó a deslizarse por la comisura de su boca, y que debajo del ojo tenía un gran cardenal.

”No llegué a procesar bien el escenario que tenía frente a mí. Es más, no tuve tiempo de hacerlo, porque la figura de mi padre se asomó por encima de la de mi madre. Él la sujetó de la cabeza y la inclinó para ver el craso error que había cometido. Al principio no me vio, pero parece que hice algún

movimiento involuntario, porque inmediatamente clavó sus ojos en mí. Nuestras miradas se cruzaron y, antes de poder pensar con claridad, mis piernas ya habían reaccionado.

”Yo tenía la ventaja de conocer el bosque casi al dedillo, lo que compensaba mi falta de velocidad. Además, mi padre carecía de resistencia pulmonar debido a su condición de fumador, así que en unos pocos trancos ya estaba jadeando. No llegó a recorrer más de diez metros que yo ya le había sacado una considerable ventaja. Recuerdo cómo sus jadeos se perdían entre los árboles...

Detuvo su relato y volvió a acariciarse la barba. Parecía estar pensando cuidadosamente lo que estaba por decir. A Esteban le dio la impresión de que ese gesto indicaba que su particular cuentista estaba tratando de recomponer sus recuerdos, a fin de ofrecerle una crónica lo más cercana posible a los acontecimientos que habían tenido lugar años atrás. En parte lo entendía, puesto que si eso le había ocurrido a los diez años, entonces había una distancia de varios lustros, porque, en su opinión, el vagabundo no tenía menos de cuarenta años.

—No lo mencioné, pero era una noche de verano —comentó de repente, sin dejar de acicalar su barba—. Cálida, ideal para dormir en el bosque. Igualmente, a pesar de que el canto de los grillos era arrullador y el bosque era un lugar fresco, no tenía muchos deseos de pasar la noche allí. Pero bajo las condiciones de las cuales ya le hablé, no tenía muchas opciones.

—Claro, claro —comentó Esteban, que llevaba largo rato en silencio. La lluvia comenzaba a amainar con lentitud, y esto se notaba en el repiqueteo de la chapa, el cual dejaba de parecer un potente zumbido para transformarse en un tenue golpeteo.

—A pesar del miedo que sentía —prosiguió—, consideré dar un rodeo e internarme en la ciudad, pero temía que mi padre me estuviera esperando, agazapado entre los árboles, escondido de mi vista, así que sólo me interné más en el bosque. Además, como dije antes, ese lugar no tenía secretos para mí, por lo que me limité a seguir el camino que utilizaba siempre, aunque esta vez lo hacía apremiado por la necesidad de huir.

”Corrí todo lo que me dieron las piernas. Pero, usted comprenderá, tenía diez años, así que no era muy rápido. Aprovechaba todos los consabidos atajos que, si bien no representaban una ganancia sustancial de tiempo, aumentaban la ventaja que ya poseía sobre mi padre.

”En pocos minutos llegué a mi árbol predilecto; un roble que se erigía varios metros en vertical, como si fuera el rey entre sus semejantes. Sin perder tiempo, comencé a trepar, aprovechando el empuje y el apremio que me había dado el pánico que sentía. Su corteza peló la piel de mis manos y rodillas, pero estaba tan asustado que no me importó. Sólo cuando llegué a refugiarme en su copa me percaté del ardor que me producían las heridas.

”Agucé el oído, pero sólo se escuchaba el canto de los grillos; no había rastros de que mi padre me hubiera seguido. Aun así, tenía demasiado miedo como para bajar.

”Como no deseaba tentar a la suerte, escalé un poco más, hasta que llegué a una rama lo suficientemente gruesa como para no correr el riesgo de caerme, y me acomodé en la horqueta para dormir un poco. Debía hallarme a unos... cuatro... o quizás cinco metros del suelo...

Javier tragó saliva. El movimiento de su nuez fue visible incluso a través de su barba hirsuta. Tosió superficialmente y carraspeó para aclararse la garganta. Luego, entrecerró los ojos, mirando sin ver a un punto indefinido en el horizonte.

—Es probable que usted no crea lo que estoy a punto de contarle —anticipó. Hablaba con una lentitud que le brindaba a sus palabras una funesta seriedad—. Es más, a día de hoy, dudo de que me haya pasado de verdad, dado que es algo que, viéndolo desde lejos, parece muy irreal. Pero si no lo he olvidado luego de tantos años, es porque quizás realmente sucedió, ¿me entiende, Esteban?

—Eso creo... —ya se había olvidado casi completamente de la llegada del autobús.

—Mire —dijo el otro, inclinándose hacia adelante y extendiendo una mano más allá de la protección que brindaba la garita—. Ha dejado de llover.

Era cierto. Por primera vez en toda la noche, la luna se asomó tímidamente por una pequeña abertura que dejaba entrever un cielo límpido, y sus rayos tiznaban las nubes lindantes, dándoles una apariencia algodonada. Pequeñas estrellas salpicaban las escasas zonas donde el cielo se presentaba diáfano.

–Al final –comentó Javier, abstraído– terminó siendo una linda noche.

Esteban no emitió palabra alguna. El único sonido que hizo fue un pequeño carraspeo, con el cual sólo trataba de aplacar una leve picazón que había surgido en su garganta. Sin embargo, este gesto fue erróneamente interpretado por el vagabundo como una queja impaciente para que culmine con su historia.

–¡Ah, claro! –dijo, saliendo de su estado de trance–. Disculpe, olvidé que no había terminado lo que comencé.

Antes de que pudiera aclararle que había sido un simple malentendido, Javier continuó:

–Me había quedado en que escalé el árbol, ¿verdad? Sí, creo que sí, porque recuerdo haberle contado que me despellejé las rodillas y muñecas.

”Al final, cuando me acostumbré al ardor que me producían los raspones, pude conciliar el sueño, aunque éste no duró mucho, o eso me pareció.

”Cuando desperté, aún era noche cerrada. Fui arrancado de mi ensoñación por culpa de dos factores: primero y principal, el hambre que sentía, lo cual, aunque no era algo que experimentara por primera vez, no dejaba de ser una molestia. Y segundo, por una mariposa... Sí, no me mire con esa cara, Esteban. Las dos cosas que noté apenas despegué los parpados fueron el dolor que produce un estómago vacío y un sutil cosquilleo en la nariz, tan gentil y desacostumbrado que casi hace que me caiga de la rama donde estaba.

”Era una mariposa muy bella, que se ve que había estado posada sobre mi tabique, porque mi primer impulso antes de abrir los ojos fue dar una endeble palmada al aire, cerca de mi cara. El pequeño alado emprendió vuelo y bajó del árbol describiendo círculos concéntricos, yendo a posarse sobre un arbusto lindante.

”Me limpié las lagañas que nublaban mi visión y me asomé al suelo, localizando al insecto casi de inmediato debido al contraste de sus alas anaranjadas con la lóbrega vegetación. Como el dolor de estómago me impedía dormir, pensé que no sería una mala idea cansarme un poco, buscando principalmente que la fatiga le gane al hambre. Después de todo, era casi imposible que me perdiera en ese bosque; y si por casualidad llegaba a un tramo desconocido, siempre podía regresar sobre mis pasos.

”Bajé, pues, teniendo sumo cuidado de no volver a abrir mis superficiales heridas, con la finalidad de realizar algún ejercicio que me cansara lo suficiente como para poder dormirme nuevamente. Incluso estaba dispuesto a correr en círculos alrededor del árbol.

”Sin embargo, como la mariposa era tan llamativa, incluso bajo la débil luz de la luna que se filtraba entre las hojas, me propuse atraparla, viéndolo como una empresa casi imposible, a la par de fatigante. Empero, el pequeño insecto volaba con lentitud, y peligrosamente cerca del suelo, por lo que más de una vez estuve a punto de atraparlo, si no fuera por la torpeza de mis dedos, los cuales no acababan de despabilarse. También contaba con la ventaja de que sus alas fueran enormes, lo que me facilitaba verla, además de que, como ya le dije antes, el fuerte naranja destacaba sobre la vegetación de color verdinegro. Recuerdo que trotaba con mucho cuidado, porque el rocío nocturno había transformado el césped en una trampa resbalosa por la cual se deslizaban mis pies desnudos.

”Inesperadamente, en lugar de cansarme, comencé a obsesionarme más con ese pequeño bicho, el cual se me hizo extrañamente apetecible, pero a la vez muy esquivo. Varias veces, por concentrarme en calcular la trayectoria de su vuelo, tropecé con alguna raíz que sobresalía de la tierra. Afortunadamente, una abundante capa de césped me recibió en cada ocasión, por lo que la única consecuencia de mi caída eran nuevas manchas en mi ropa, que se mezclaban con la fina capa de sudor que comenzaba a cubrirme debido al esfuerzo que representaba seguirle el paso al escurridizo insecto.

”Finalmente, luego de numerosos zigzagueos, llegué a un pequeño claro. Había luna llena, como en esta noche, y su luz iluminaba las gotas de rocío del tupido césped, creando un efecto curioso, como si el suelo reflejara las estrellas del firmamento. Localicé sin demasiados problemas a la mariposa, la cual se había posado en una fina rama que no debía estar a más de un metro de suelo. Su forma era curiosa, ya que se extendía casi en perpendicular al tronco, y la punta se dividía en cuatro vástagos cortos que apuntaban a distintas direcciones, como si fueran dedos...

En el último tramo de su historia, su voz se había ido apagando paulatinamente hasta volverse un susurro ininteligible, antes de caer definitivamente en el silencio más espeso. Se encogió en su asiento, enterró aun más las manos en sus bolsillos y pegó el mentón al pecho, haciendo que su rostro fuera pura barba y frente.

Esteban se inclinó hacia adelante disimuladamente, tratando de no perturbar el estado de ensimismamiento en el que había caído su compañero, a fin de no incomodarlo. Atrás había quedado todo su temor inicial y, a pesar de que el vagabundo no se había ganado totalmente su confianza, había dejado de considerarlo una amenaza.

–Esteban –las palabras parecían surgir directamente de la maraña de pelos que constituía su barba–, sé que ya se lo dije antes, pero se lo reitero: puede que no me crea, pero lo que voy a contarle es absolutamente verdad. No ignoro que anteriormente le dije que no estaba seguro de que en realidad haya vivido todo lo que estoy por relatarle. Sin embargo, al desandar el camino de los recuerdos, no me cabe ninguna duda: lo viví. Y vuelve a mí todo el horror que experimenté en ese momento. ¿Me entiende? –el otro asintió, inclinando levemente la cabeza. Javier relajó su semblante y separó un poco el mentón de su pecho–. Reconforta saberlo.

La calle parecía estar más desolada que nunca.

–Recuerdo que apenas salí de entre los troncos no me percaté inmediatamente de la mariposa, porque me llamó la atención la particular forma del claro. Parecía ser un domo semiabierto, aunque su contorno, al estar limitado por la vegetación, era irregular. Los árboles, con sus copas repletas de abundantes hojas verdes, parecían crear una especie de cúpula natural, aunque apenas alcanzaban a cubrir parte del oscuro firmamento, y sus hojas menguaban parcialmente la luz de la luna. A pesar de esto, el claro estaba bien iluminado.

”Como ya dije, localicé a la mariposa posada sobre una rama que estaba a escasa altura del suelo, al otro lado de claro. Se había posado en la punta de uno de los múltiples ‘dedos’ que emergían de ella.

”Zanjé la distancia con pasos lentos, pero no por vacilación o desidia, sino porque al fin comenzaba a sentir el tan ansiado cansancio. Es más, si le tengo que ser sincero, consideré regresar sobre mis pasos, mientras aún me quedara algo de fuerza, y escalar otra vez el árbol para retomar mi interrumpido sueño. Pero quise tener un último intento, bajo la condición de que si la mariposa salía del claro para refugiarse otra vez en el bosque, aceptaría mi derrota y regresaría cabizbajo.

”Me coloqué junto a ella con cuidado. Recuerdo que trataba de controlar mi respiración agitada, temiendo que ésta pudiera alejar a la mariposa; ya sabe lo delicado que son esos insectos. Extendí mi mano con suma precaución, moviéndola a razón de escasos milímetros por segundo. Tenía pensado cercarla con los dedos antes de encerrarla en mi palma. Después de todo, no quería ser muy bruto al momento de atraparla, ya que corría el riesgo de lastimarle las alas.

”El sudor que perlaba mi rostro hacía que toda la lentitud con la que me movía fuera más exasperante, si cabía, porque me chorreaba de la frente en finas gotas que se acumulaban en mis cejas, para terminar deslizándose por mis párpados, lo que me producía sensaciones ambiguas. Por un lado, la picazón que me generaban las pequeñas gotas al deslizarse por mi frente, y por el otro, un insoportable escozor cuando entraban en contacto con mis ojos. Sin embargo, soporté todo aquello porque sabía que, si fallaba, era improbable que volviera a tener otra oportunidad, así que toda mi atención se centraba en la distancia que separaba a mi mano de la mariposa, la cual se iba estrechando progresivamente. Estuve a sólo centímetros de poder atraparla.

”Y entonces, la rama se movió.

Su narración se detuvo tan abruptamente que Esteban giró la cabeza para mirarlo, encontrándose con los ojos alunados de su compañero de banca. Pero estos no reflejaban locura, sino que parecían esconder una especie de terror primitivo. En contraposición, las facciones de su rostro estaban extrañamente laxas, como las de quien mira un desastre acontecido largo tiempo atrás y experimenta el alivio de saber que sobrevivió al mismo. Es más, hasta los pelos de su barba parecían haberse alisado.

—La rama se movió, Esteban —su tono de voz era suave, casi relajado. Sin embargo, había un ligero matiz de horror que entraba en conflicto con su timbre armonioso, como si en lugar de sólo hablar quisiera gritarle, escupirle las palabras a su compañero—. ¿Entiende lo que le digo? En el medio del bosque, rodeado por nada más que árboles, teniendo a la luna como único testigo y sin otro sonido que el canto de los grillos. ¿Sabe lo que fue eso? Imagine mi situación: yo, un mocoso de diez años, solo en el medio del bosque, ante semejante escenario.

Volvió a guardar silencio, como si quisiera serenarse, a pesar de que su semblante no expresara excitación o nerviosismo alguno. Esteban apenas atinó a encogerse en su asiento, tratando de no turbar aún más el contradictorio estado del vagabundo.

—No es que se agitara de forma violenta o repentina —continuó, hablando ahora con un tono extrañamente inocuo—. Lo que se movió fueron los “dedos” donde estaba posada la mariposa. En un abrir y cerrar de ojos, como si se tratase de una ratonera, dos de los vástagos se cerraron en torno al pequeño insecto, apresando sus hermosas alas.

”Tuve unos segundos, escasos pero interminables, en los cuales no entendía qué estaba pasando. Creí que una brisa extraña había movido los verdes brotes de la rama o que se trataba de alguna especie de planta ‘viva’. Intenté asignarle una explicación lógica a lo que acababa de suceder, pero no pude. Entonces, aún sin asimilar completamente lo que había sucedido, pude moverme. Mis piernas volvieron a ser más rápidas que mi mente, sólo que esta vez no tuve oportunidad de escapar. Quise retroceder y girar al mismo tiempo, pero el cansancio que sentía me jugó en contra y mis piernas se chocaron una con la otra. Caí de bruces al suelo, dándole la espalda al árbol...

Javier calló nuevamente, pero esta vez porque fue interrumpido por el ruido de unos neumáticos deslizándose sobre el asfalto húmedo, mientras también se dejaba oír en la lejanía el inconfundible resoplido que producen los frenos de aire. Junto a todo eso, se escuchaba el chapoteo del vehículo al pasar por encima de los charcos.

Esteban recordó que estaba sentado en esa garita porque esperaba el autobús. Se arremangó para ver la hora, y las agujas de su reloj le indicaron que faltaban diez minutos para las tres de la mañana. *Sólo pasaron diez minutos* pensó, con palpable asombro. Le había parecido que llevaba horas allí.

Lentamente, y todavía estando sentado, estiró sus miembros dormidos mientras ahogaba un bostezo. Lamentaba tener que dejar la historia inconclusa, pero el siguiente autobús no pasaba por allí sino hasta las seis de la mañana, por lo que, si lo perdía, tendría que volver caminando a su hogar, o pedir un taxi. Lo primero quedaba descartado de entrada, y lo segundo, si bien era una opción viable, prefería evitarlo, debido a la alta tarifa que supondría abarcar una distancia tan considerable.

Antes de poder despedirse de su particular cuentista, el vehículo, que se oía cada vez más cerca, cambió de marcha y comenzó a subir la velocidad, lo cual se notó con el chapoteo de los charcos, el cual dejaba de ser un sonido de sonora salpicadura para transformarse en un efímero chasquido². Esteban, sorprendido, casi se cae al tratar de ponerse de pie debido a sus piernas dormidas.

Cuando pudo salir de la garita y colocar un trémulo pie sobre el bordillo, un camión sin remolque pasó raudamente frente a él, a escasos centímetros de su cuerpo.

Esteban, que en su salida había planeado colocar un pie en la calle para que el conductor del supuesto autobús se percatara de su presencia, apenas alcanzó a dar un corto salto hacia atrás, mientras

² Imagino que no hace falta que explique que la velocidad contribuye a que el vehículo, en lugar de hundirse en el charco, se deslice por encima de éste, aunque sin dejar de estar en contacto con el pavimento, porque si así fuera, se perdería el control del mismo y terminaría estrellándose.

el camionero le dedicaba todo un repertorio de los más variados insultos, no sólo dedicados a él, sino a su madre, su abuela, su hermana (la cual no tenía), sus primas y cualquier familiar femenino que pudiera tener una relación con él, ya sea ésta sanguínea o política.

Aún ligeramente pasmado, retrocedió un par de pasos para internarse nuevamente en la garita, dejándose caer como peso muerto sobre la dura banca.

Javier lo miró con cierta empatía, mientras una pequeña sonrisa curvaba las comisuras de su boca, apenas visible detrás de la barba. Su rostro ahora presentaba una apariencia extrañamente seráfica.

–Casi –dijo lacónicamente.

Esteban, a su vez, no pudo ocultar una involuntaria sonrisa.

–Pero no –respondió.

Los segundos posteriores transcurrieron en silencio, mientras escuchaban cómo el camión se alejaba de ellos. Las nubes terminaron de desaparecer, dejando un cielo límpido, tachonado con numerosas estrellas. Entre ellas resplandecía la luna, imponente.

–¿Y entonces? –inquirió Esteban.

El otro lo miró, confundido.

–¿Qué?

–¿Qué sucedió? Se le enredaron las piernas y cayó al suelo. ¿Qué sucedió después?

–¡Ah, qué tonto! Lo había olvidado –al decir esto, algo cambió en sus ojos, mas fue casi imperceptible. El terror primitivo volvió a aparecer, aunque en realidad nunca se había ido, sino que otra cosa se había superpuesto a él, ocultándolo parcialmente.

”Recuerdo –reanudó– ese golpe muy vívidamente porque caí con toda la cara al suelo, con tanta mala suerte que golpeé con la frente una raíz que sobresalía de la tierra, más allá del abundante césped –masajeó con la yema de sus dedos sobre la ceja izquierda, como si aún sintiera el impacto–. El golpe sólo acentuó más el atontamiento que me había traído el sueño, así que no tenía fuerzas para darme la vuelta, y mucho menos para levantarme, por lo que me quedé allí, de cara al suelo.

”Tenía los sentidos obnubilados, y estuve a punto de caer en un sueño profundo, si no fuera porque, cuando estaba por internarme en los marjales de la inconsciencia, algo comenzó a hablarme...

–¿Algo? –interrumpió Esteban, enarcando las cejas–. ¿No sería “alguien”? ¿Había otra persona con usted en el bosque?

Javier se limitó a esgrimir una sonrisa similar a la que se le dedica a un niño que es muy joven para comprender un determinado concepto.

–Las respuestas a esas preguntas, en orden, son: sí, no... y no. –sus palabras se volvían cada vez más vacilantes–. No estaba acompañado por una persona. Me acompañaba... la bestia.

Se produjo un vacío en el cual, por varios segundos, la respiración de Javier, que se había vuelto pesada y arrítmica, era lo único que rompía el sepulcral silencio que cayó entre ambos. Esteban quería que finalizara su historia antes de que el autobús llegara, pero no deseaba forzar al vagabundo a hacer algo que él no quisiera. Parecía costarle horrores a Javier relatar todo lo que había acontecido luego de finalizar la persecución de la mariposa, pero aparentemente esto no se debía a lagunas en su memoria, sino que, con cada palabra, parecía revivir un trauma inenarrable. Y, para colmo, sus recuerdos se presentaban totalmente frescos.

–Recuerdo... –dijo de repente, volviendo a masajearse en la misma zona, arriba de la ceja izquierda–. Recuerdo su voz. Aguda, casi burlona, y penetrante como el sonido de un taladro. Recuerdo cómo me dañaba los tímpanos, a tal punto que en un momento me pareció que me comenzarían a sangrar los oídos –hablaba como si lo hiciera para sí mismo, con un tono quedo, ausente–. La luz de la luna producía una sombra corta, pero que se extendía más allá de donde yo estaba. Coloqué el mentón contra el suelo, pero apenas pude distinguir su contorno. Mas no porque mi visión estuviera borrosa, sino porque éste era... indescriptible –su oyente lo miró, con la más pura incredulidad pintada en el rostro–. No tenía una forma fija. Era como si su silueta fluyera constantemente, como un líquido.

Esteban asintió, como quien brinda una vacua comprensión a los delirios de un loco. Su cara no exteriorizaba el creciente escepticismo que había comenzado a sentir desde el momento en el que la rama movediza entró en la historia. Sin embargo, su deseo de oír el desenlace no había mermado. Quería saber a dónde conduciría todo aquello.

—Aún... —seguía contando el vagabundo—. Aún tengo grabadas en la mente cada una de sus palabras...

—Vaya, vaya (esa voz, esa maldita voz), pero miren lo que me ha traído la mariposa. Un niño perdido en el medio del bosque. Y por lo que parece, está indefenso. Claro, ahora que está sin sus padres...

—¿Eh? —repliqué. La cabeza comenzaba a darme vueltas, y esa voz insoportable no hacía más que arrastrarme al negro abismo de la inconsciencia.

—¡Oh, claro! No lo sabes, pequeño, pero tu padre colapsó apenas entró al bosque. Sus pulmones no resistieron una carrera de más de veinte metros. Aunque claro, la pelea con tu madre lo había debilitado bastante, tanto mental como físicamente. Y ese hábito de fumar... Era algo evidente, ¿no crees?

—No sabía qué pensar. Estaba muy ocupado intentando no desmayarme para poder asimilar todo lo que me estaba contando, y su voz aguda sólo contribuía a agudizar mi dolor de cabeza.

—Seguramente cuando comenzaste a seguir a esta mariposa, no pensaste que acabarías guiándote a tu perdición (aunque no podía verlo, sentía que aún tenía apresado al pequeño insecto). Eso es lo que me gusta de ustedes: son tan curiosos. Nunca piensan seriamente las consecuencias de sus actos. Claro, no puedo culparte. Si hubieras sabido cómo terminaría todo, no la hubieras perseguido. Pero debías tener el suficiente sentido común como para saber que nunca es buena idea internarse en el bosque de noche, y menos sin estar preparado.

—Oí el sonido viscoso que implicaba que la mariposa había sido aplastada. Incluso me pareció sentir cómo esa bestia frotaba sus falanges una con la otra, asegurando la muerte del pequeño alado.

—Sin previo aviso, vi como esa silueta informe se abalanzaba sobre mí. Sentí cómo inmovilizaba mis piernas y mis brazos, mientras algo filoso, como una cuchilla, se enterraba unos centímetros en mi cuello. Aún hoy me pregunto qué forma debía tener ese ser (o, replanteando la pregunta, creo que sería más correcto decir qué forma había adoptado), siendo que fue capaz de apresar mis cuatro extremidades, a la vez que me clavaba algo en el cuello.

—Entonces volvió a hablarme, mascullando cada palabra de una manera insoportable. Lo tenía tan cerca, que su voz parecía estar perforándome el cerebro.

—Podría matarte ahora, pero no habría diversión en eso. Después de todo, eres sólo un niño. Tu miedo carece de valor para mí, porque a tu edad te asustas de cualquier cosa que mida más de un metro y medio. Además, ahora eres huérfano. Sería interesante dejarte vivir para ver cómo te desenvuelves. Aunque claro, puede que acabes muriendo prematuramente. Si ése fuera el caso, dejarte ir sería un desperdicio... (en ese momento presionó la 'cuchilla' con más fuerza; recuerdo que un fino hilo de sangre comenzó a humedecerme el cuello mientras el filo desgarraba las hebras de mi carne. Quise gritar, pero no tenía el aliento suficiente). He estado algo aburrido últimamente. Hace unos días, enloquecí tanto a un hombre que lo induje al suicidio, pero no era ésa mi intención. Sólo tenía curiosidad de saber cuánto podía tensar su cordura antes de hundirlo en la locura, pero su voluntad resultó ser sorprendentemente inquebrantable. Ahora que lo pienso (recuerdo que aflojó la presión de la 'cuchilla'), creo que lo había elegido por eso. Por ser un hombre íntegro, correcto. Un ejemplo de ser humano, si se me permite tener una opinión. De hecho, si no recuerdo mal, me parece que un par de días antes de morir informó de su situación a un amigo. Me pregunto si podré ir a visitarlo... Aunque no ahora, por supuesto. ¿Sabes? El miedo es algo que debe dejarse madurar, así despierta cuando la víctima menos se lo espera.

—No podía procesar completamente todo lo que me estaba diciendo. Me hallaba al borde de la inconsciencia, y aunque el corte en el cuello me había despabilado un poco, no me había devuelto la

lucidez. Todas mis fuerzas estaban centradas en mantener mis párpados separados, porque sabía que si entraban en contacto uno con el otro, me desmayaría inevitablemente.

”–Teniendo eso en cuenta... Creo que te dejaré vivir. Será interesante ver cómo puedes sobrevivir sin nadie que te cobije. Aunque bueno, hasta ahora tampoco estabas llevando una buena vida. Cuídate, porque te estaré vigilando...”

”Apenas terminó de hablar, me envolvió una profunda neblina, que no me soltó sino hasta varias horas después. Desperté con el trino de los pájaros, las picaduras de los mosquitos y el sol veraniego en lo más alto del firmamento, quemándome la piel.

”Me tomó varios minutos entender dónde estaba y por qué. Rememoré casi de inmediato los sucesos de la noche anterior, e intenté separar cuáles habían sucedido y cuáles había soñado. Estaba totalmente convencido de que todo lo que había pasado hasta mi llegada al claro había sido real, pero los hechos que habían sucedido luego de eso se desdibujaban. Conservaba el moretón en mi frente y el corte de mi cuello, que, como es evidente, no había sanado. Al principio pensé que todo había sido un sueño. Que el corte de mi cuello lo había producido la rama de un árbol, y que apenas llegué al claro colapsé por el sueño. Pero cuando recordaba esa voz tan aguda, tan... siniestra. Me hacía dudar, Esteban.

”Pero ahora que lo recuerdo, sé que es verdad. O por lo menos, así lo siento. No puedo culparlo si no me cree, pero yo, que lo he vivido, sé que es así.

Y entonces guardó silencio, dando por terminada su historia.

Del otro lado de la banca le respondía otro silencio, pero de una estofa distinta. El vagabundo profesaba el silencio de quien acaba de canalizar un trauma vivido años atrás, como quien se libera de un peso tan invisible como insoportable. Mientras que Esteban, por su parte, no pronunciaba palabra alguna debido a que estaba juzgando todo lo que acababa de oír. Al principio, creyó que aquello que “había visto” Javier era la pelea de sus padres que acabó con la vida de su madre y la posterior persecución que le propició su padre. Eso bastaba, según él, para volver loco a cualquiera. Pero todo lo que vino después, con la bestia de forma indefinida, no sólo resultaba poco creíble, sino que mostraba de forma patente que el vagabundo estaba loco. *Sin embargo, un loco inofensivo* convino para sí mismo.

Notando el silencio que mantenía su compañero, Javier añadió:

–A propósito, Esteban, olvidé comentarle algo.

”Como debe saber, las cinco ciudades de este partido conectan con el bosque. Después de todo, se extiende por varios kilómetros, y parece que todas se construyeron en torno a él. Nunca supe si ese suicidio del que me habló la bestia sucedió aquí, o en alguna otra ciudad. Lo que sí puedo asegurarle, es que él, o mejor dicho ‘eso’, no ha muerto. Al menos, no aún.

”Hace un par de años, encontré una noticia en el periódico donde se hablaba de una muerte extraña que sucedió aquí, en Sargento Luna. No le daré muchos detalles, porque la noticia en sí misma era confusa, pero tenía que ver con una mata de césped creciendo sobre huesos humanos. Sí –añadió rápidamente al ver la atónita mirada de su compañero–. Así como lo oye es como estaba escrito en el periódico.

”Fui al barrio para intentar averiguar qué había sucedido, y me encontré con una anciana... ¡Qué manera de hablar esa mujer! No me cedía la palabra, pero finalmente, luego de varios minutos, me contó lo que quería saber. Aparentemente, el día anterior a esa muerte, ella fue abordada por una extraña mujer, a la que incluso esa anciana definió como ‘muy vieja’, que cargaba una canasta de flores. Era una persona que nunca había visto y, por lo que me dio a entender, estaba segura de que nunca la volvería a ver. Eso me dio mucho en qué pensar. Aunque no tenía pruebas, estaba seguro de que ese ser que me había atacado hace años estaba relacionado con ese caso, pero no sabía cómo. Quizás había manipulado a esa señora de las flores. Quizás él era esa señora... –tomó su cabeza con ambas manos y se rascó las sienes, despeinando el cabello que, hasta ese momento, había mantenido bastante prolijo–. ¡Mientras más lo pienso, menos sentido tiene! ¡Es desesperante!... Pero bueno, como le dije antes, está en usted si quiere creerme o no, Esteban.

Éste, por su parte, continuó en silencio, limitándose a mirar al vagabundo con ojos entrecerrados. Su historia era, por lejos, lo más surreal que había oído en su vida. Cuando Javier le dijo, no una sino dos veces, que su historia sería difícil de creer, había imaginado que era porque ésta contenía algunos sucesos que estaban en el borde de la verosimilitud, mas no había esperado ese desenlace tan fantasioso.

Sin embargo, no deseaba ser rudo con ese hombre, a quien había prejuzgado como alguien peligroso pero que había resultado ser una persona de lo más afable.

—Por eso —continuó Javier, al ver que el otro se mantenía callado— le dije que “afortunadamente” el plan de urbanización está paralizado. No quisiera que otra persona corra el riesgo de vivir lo que yo viví. Nada más imagine que talan una parte considerable de bosque. ¿Se imagina que esa bestia tome cartas en el asunto? Por suerte, según pude comprobar, ya no quedan viviendas cerca allí. La más cercana está a varios cientos de metros del mismo, y la zona del bosque está cercada con anuncios de las viviendas que, si Dios quiere, nunca se construirán.

Esteban colocó su mano hecha un puño frente a su boca y tosió superficialmente para aclararse la garganta.

—Entiendo... —respondió con cautela, eligiendo sus palabras con sumo cuidado—. ¿Hace cuánto que le sucedió lo que acaba de contarme? Me refiero a su encuentro con esa ‘bestia’.

—Tengo veintiocho, así que hará unos...

—¿¡Veintiocho!?! —profirió esa pregunta con un agudo falsete debido a la sorpresa.

El vagabundo no pudo hacer menos que emitir una ahogada risilla.

—Sí, no hace falta que me lo diga. He envejecido como la mierda.

Procedió entonces a liberar la risa que había suprimido antes de responder. Esteban no lo acompañó en la carcajada, pero sí le sonrió abiertamente antes de retomar su semblante serio.

—Javier —dijo, vacilante—, no quiero que se tome a mal la pregunta que estoy por hacerle, ¿pero tiene algo que respalde su relato? Digo, no se enojará conmigo si le digo que su historia es difícil de creer. ¿No tiene usted evidencia palpable de que de verdad haya sucedido algo de todo lo que me contó?

El otro no le respondió de inmediato, sino que se limitó a escarbar en el bolsillo donde poseía el bulto sin forma. Javier se tomó su tiempo para extraer el objeto, como si le costara colocar sus dedos en torno a él. Cuando finalmente pudo asirlo, lo sacó lentamente hacia el exterior y lo sostuvo frente a su rostro, soplando y dándole gentiles palmadas para quitarle la mugre.

Era un mendrugo roñoso de pan.

—No —dijo, masticando lentamente el sucio alimento—. No tengo nada que me respalde. Como buen sin techo, sólo cuento con mi palabra. Le repito: está en usted creerme o no.

El otro asintió con un corto cabeceo. Al final, aunque no había resultado ser una mala persona, si parecía que su compañero de banca era un embustero, ya fuera porque efectivamente estaba loco, o porque era un mitómano consumado.

De repente, un ruido conocido quebró el silencio nocturno. A lo lejos, oyó nuevamente el sonido que hacen los frenos de aire. Esteban volvió a mirar la hora en su reloj: las tres en punto. *Finalmente* pensó, poniéndose de pie. *Media hora tarde. ¿Cuándo se ha visto?*

Para no cometer el mismo error que antes, asomó la cabeza por fuera de la garita y comprobó que, esta vez, sí era el autobús. Aunque se hallaba a una distancia considerable, el brillante número “3” era perfectamente distinguible sobre el amplio parabrisas.

Se adelantó un par de pasos, parándose junto al bordillo.

—Bueno —dijo como al descuido, colocando la punta de sus dedos junto a su sien a modo de despedida—. Creo que esto es el adiós, Javier. Un placer haberlo conocido.

El aludido estaba terminando de tragar lo último de su pan cuando se colocó de pie, haciendo señas. Masticaba furiosamente, tratando de hacer pasar los restos de su parca cena lo más rápido posible.

—Espere —profirió cuando terminó de tragar—. Ahora que lo recuerdo, sí tengo una prueba.

Se colocó de costado e inclinó la cabeza al lado opuesto al que estaba Esteban, mientras se levantaba la barba con ambas manos.

Una cicatriz surcaba parte de su cuello. Iniciaba debajo de la mandíbula, a corta distancia del mentón, y se extendía por un decímetro, aproximadamente, hasta detenerse al llegar casi a la misma altura de la oreja, varios centímetros debajo de ésta.

—Ésa es toda la prueba que tengo conmigo. No puedo garantizarle en qué forma me corté el cuello, pero ahí está... ¡Ah, y una última cosa!

El autobús se hallaba a menos de dos cuadras y ya había colocado las balizas, señal de que se detendría junto a la garita.

—¿Sí? —inquirió Esteban con un sutil dejo de impaciencia—. ¿Qué?

—Mi primo no trabaja en la Joyería Menéndez. Es más, mi padre no tenía hermanos, y nunca conocí a mis tíos maternos. Tampoco es que tenga problemas aquí —dio un suave golpeteo con el índice contra su sien—. Tengo algunos conocidos que me dan trabajo de vez en cuando, además de que me las rebusco con algunos trabajos temporales.

Ante esto, Esteban no pudo hacer menos que entreabrir la boca mientras volvía a enarcar las cejas. En su rostro se mezclaba la incredulidad con la sorpresa.

—¿Entonces por qué...?

—Sólo quería hablar con alguien —se encogió de hombros—. La soledad puede ser más desesperante que la propia locura. Le mentí, Esteban, pero solamente para entablar una charla. No sabía cómo abordarla. Me disculpo por eso.

”En fin, debo volver a la lucha. No me hace bien que me aleje de ella demasiado tiempo —cubrió su cabeza con la capucha de su abrigo multicolor y se dio vuelta para irse, mientras levantaba el pulgar como señal de despedida—. Lo dejo tranquilo, Esteban. Que tenga una buena noche.

Javier comenzó a alejarse casi al mismo tiempo que el autobús se detenía junto a la garita. Los neumáticos chirriaron sobre el pavimento húmedo hasta detenerse completamente. La doble hoja de la puerta se plegó para permitirle el paso, pero Esteban no se subió inmediatamente, sino que se quedó un par de segundos parado en el bordillo, mirando al vagabundo alejarse despreocupadamente. Por si acaso, sujetó el asidero y colocó un pie en el escalón para evitar que el autobús lo dejara. Estuvo estático en esta posición hasta que el impaciente carraspeo del conductor lo devolvió a la realidad. Se disculpó con torpeza, pagó y buscó un asiento al fondo.

El viaje fue tranquilo. Como era costumbre a esa hora, el autobús iba casi vacío. Además de Esteban, apenas había tres personas más, desperdigadas a lo largo de los treinta asientos disponibles. Todos miraban, por su respectiva ventanilla, el paisaje oscuro que se extendía más allá del cristal empañado, mientras finos hilos de vaho escapaban de sus narices y ascendían hasta disolverse.

Finalmente, luego de varios minutos de viaje, Esteban estaba cerca de su destino. Cuando faltaban, más o menos, cien metros para llegar, se puso de pie y avanzó tambaleante hasta colocarse junto al conductor, indicándole que se bajaría en la próxima esquina. El hombre asintió y masculló algo inentendible mientras colocaba las balizas.

Las dos hojas de la portezuela se plegaron y el movimiento del exterior comenzó a descender paulatinamente hasta detenerse por completo. Esteban descendió con pasos cuidadosos por los escalones, levantando una mano para despedirse del conductor. Salió hacia el exterior con un corto salto, esquivando un charco que se había formado en la depresión que existía entre dos baldosas.

Justo antes de que la portezuela volviera a cerrarse, el conductor comentó, esbozando una sardónica sonrisa:

—Hacía mucho que no lo veía a Javier. Debería visitarlo pronto.

Antes de que Esteban pudiera darse vuelta, el autobús avanzó raudamente y se perdió al doblar la esquina.

Él, por su parte, se quedó allí, estático, hasta que la brisa nocturna que se filtró por el cuello de su abrigo le recordó qué hora era. Hundió la cabeza en su abrigo y apuró el paso para llegar a su hogar.

Una ducha caliente, un té de tilo y nueve horas de consulta con la almohada se encargaron de colocar la charla de la noche anterior sobre la delgada línea que separa la certeza de la incertidumbre. Y, con el correr de las horas de vigilia, el recuerdo cayó sobre uno de los dos lados.

Pero no podría precisar sobre cuál.

Comentarios

Por: Gentleman 

Cuando escribía la “revelación” de Javier acerca de que le había mentido a Esteban, y cuando éste se excusa diciendo que quería hablar con alguien, consideré especificar que él quería hablar de ese tema en particular con alguien que no lo conociera (símil psicólogo), con un diálogo que hubiera ido más o menos así:

–Sólo quería charlar con alguien de este tema –se encogió de hombros–. Los psicólogos están muy caros.

Sin embargo, acabé desechando la idea.

En este cuento reaparece “Pascual”, el último de mis pueblos ficticios (No el más pequeño, ya que ese título pertenece a Pagos Altos). Cuando comencé escribir, largos años atrás, llegué a crear cinco pueblos ficticios (Ya nombrados en el cuento). Al retomar la escritura para el dogma, intenté rememorar todos los pueblos y sus respectivos nombres, pero Pascual quedó rezagado, por algún motivo. Sin embargo, los primeros días, su existencia corroía los rincones de mi mente; estaba seguro de que me había olvidado de algo, pero no recordaba qué era. Finalmente, es este relato, hace su (no tan) esperada reaparición.

Literalmente, lo recordé de la nada cuando Javier estaba enumerando los poblados que lindan con el bosque.

Soy consciente de que, posiblemente, no expresé en palabras el “horror” que Javier dijo haber sentido cuando estuvo frente a la bestia.

No niego que utilizo demasiadas veces la palabra “Recuerdo” (20, para ser exactos). Sin embargo, siendo que se trata de un diálogo, lo veo como algo natural.

Si usted considera una impertinencia que haya reutilizado a la mariposa como recurso narrativo... pues tiene razón.

Ante cualquier error que se me haya pasado por alto (error de cualquier índole), no me queda más que rogar el perdón de quien esté leyendo esto.

Nota

¿Llegué tarde al reparto de pajas mentales? ¿Sí? Ah...

Hablando en serio, tengo sentimientos conflictivos acerca de este cuento, o mejor dicho, de lo que representa. Obviamente, lo que plasmaré aquí no es más que mi punto de vista, el cual es tan válido como el de cualquiera de ustedes. Tranquilamente pueden no compartir alguno de los comentarios que expresaré a continuación; es más, puede darse el caso de que sus opiniones sean diametralmente opuestas con todo lo que expondré, y no por eso tienen ustedes menos razón que yo, y viceversa.

No paso por alto el hecho de que mis mejores relatos (Al menos en mi consideración) son en los que el protagonista habla en primera persona (“Presa”, “Soledad”), mientras que los que podrían considerarse “más flojos” son aquellos en los cuales el relato está en tercera persona (“El inminente

final”, siendo posiblemente el peor, y “Reunión”, que sin ser malo, tranquilamente está tercero en la lista, o, con suerte, peleando por el segundo puesto con “Presa” o “Soledad”).

Siento que es más fácil para mí interpretar la historia que quiero contar si me imagino en la piel del protagonista, en lugar de hacer las veces de narrador omnipresente, sobre todo a la hora de escribir conjeturas y sensaciones. Me es más cómodo el punto de vista subjetivo que ofrece la primera persona. Además, es mucho más simple realizar descripciones de forma subjetiva, ya que estas poseen el plus de no tener que reflejar estrictamente la realidad, sino las impresiones de la persona que narra la historia.

¿Por qué toda esa monserga inicial? Porque estoy anticipando que este relato, quizás, no sea de los mejores que he presentado (Confío en que la línea de fondo la marque “El inminente final”, el cual fue escrito en un mes donde mis ideas estaban más secas que la arena del desierto). Mis intenciones, como siempre, son las de contar una historia que pueda entretener a quien la lea, aunque a veces soy víctima de mi propia desidia. Lo que sí, para mi alivio (y, en cierta forma, alegría), en estos meses pude comprobar que mi forma de escribir no ha variado, a pesar de que la pandemia mermó considerablemente mis posibilidades de leer (El gasto de libros tuvo que ajustarse al presupuesto, por lo que apenas he leído tres o cuatro libros en este último año y medio, cosa que no me enorgullece). Quizás sí, se ha simplificado bastante si la comparo con algunos de mis cuentos antiguos, además de que (y esto es algo tanto ineludible como muy patente, al menos para mí) es cierto que el diccionario que componía mi léxico se ha visto bastante acertado. A pesar de que, como dije, mi forma de escribir no ha variado en demasía (venía de un impasse de dos años, aunque no sé si podría denominarlo hiato).

Volviendo a este cuento, comencé a amasar la idea antes de terminar con “Soledad”. Consideré crear una explicación que pueda unir en cierta forma a mis locaciones (algo que le robé a Stefano Rey (kek) lo cual es curioso, porque es un autor que no me gusta). Como apenas puedo dejar atrás mi manía de querer explicarlo todo (aunque eso es algo que estoy perdiendo, sea bueno o malo), consideré ofrecer un relato que intente dilucidar el origen de todo lo extraño que pasó en mis cuentos anteriores (y lo que pueda estar por llegar) sin meterme en la pregunta que siempre corría mi cerebro cuando trataba de internarme en algo “paranormal”, o en el “realismo mágico”. Siempre me preguntaba: “Si algo tan extraño llega a pasar, ¿no debería interceder algún organismo, organización, o, como mínimo, alguna persona interesada que se pregunte qué rayos había pasado?” Aunque mi relato no responde esta pregunta, puedo afirmar con orgullo que la ignora olímpicamente, siendo que antes esa duda maldita era suficiente para truncar cualquier posible relato. Sin embargo, a pesar de mi intención inicial, no logré darle una explicación a los sucesos. Sí se señala a un responsable, pero no se sugiere en ningún momento cómo ha logrado incidir en las fatalidades que previamente narré en mis cuentos. Quise explicar de dónde se originaba la flor Katarameno, mas no se me ocurrió una forma de hacerlo sin que pareciera algo forzado. En realidad, comprobé que mis ideas iban en una dirección, pero el relato me iba llevando por otro camino.

Lo que sí, a principio de mes me propuse que mi cuento tenía que tener estas dos características:

+Nadie debía morir;

+Nadie debía caer, total o parcialmente, en la locura.

Es por eso que Javier no está loco, sólo fue víctima de algo perturbador, aunque esa experiencia podría tranquilamente enloquecer a alguien de mente débil.

Anteriormente dije que esto se hace más difícil con el correr de los meses y es un enunciado que sostengo, a pesar de que pueda presentar cuentos muy buenos, como así muy malos. Depende qué historia se me ocurra contar, y si me siento capaz de contarla como quiero. Hasta ahora, los dos relatos en primera persona (“Presa” y “Soledad”) son reinenciones de cuentos míos que ya había escrito hace tiempo (aunque “Soledad” podría considerarse un cuento totalmente nuevo), mientras que los otros dos son totalmente originales (“Reunión” y “El inminente final”), justo los dos más flojos (como digo: en mi consideración). Es por eso que este relato me genera tantas dudas: es original, y no está escrito en primera persona.

Por otro lado, este relato y “El inminente final” comparten varias características: son dos personas charlando. Una cuenta sus experiencias mientras que el otro cumple la función de oyente. Eso no sería un problema, porque en otros cuentos el lector es quien cumple hace las veces de oyente, mientras que el protagonista relata los acontecimientos que ha vivido en forma de una carta, nota, cuento, o en un soliloquio mental. Sin embargo, siento que cuando el cuento se constituye principalmente del diálogo de dos personas, éste pierde parte del encanto y “simpleza” que poseen los cuentos en donde el protagonista debe escribir sus experiencias. Además, me veo obligado a expandir el escenario donde transcurre mi cuento. Por ejemplo, tanto “Presa” como “Reunión” ocurren en las cuatro paredes de una casa (En “Presa” el escenario es momentáneamente una compañía de seguros, pero apenas por un par de páginas). En “Soledad”, Domingo apenas describe el cementerio, y no le dedica más que un par de párrafos a la panadería de Marta. Es más, hasta los detalles de su propia casa son bastante endebles (apenas se menciona la cocina y el desván). Por otro lado, en “El inminente final” tuve que irme hasta un ignoto pueblo de Rusia para poder contar la historia. Es cierto que en este cuento apenas sí menciono las cinco ciudades que componen un partido ficticio, a fin de hacer notar que todas están conectadas por el bosque. También es cierto que al tener que escribir acerca de algo tan grande como un partido me resultó muy incómodo, porque no importa cómo lo escribo, siempre tengo la sensación de que estoy fallando en algo.

Lo que diré a continuación quizás suene algo pretencioso, aunque quiero aclarar que no lo digo con esa intención, pero dependiendo el curso que tomen mis cuentos venideros, no tendría a mal “descanonizar” este cuento, así como hice anteriormente con “El inminente final”, al eliminar toda referencia a Pagos Altos, uno de mis pueblos ficticios.

Creo que lo que más me complica a la hora de escribir un relato en tercera persona es la dualidad que estos representan. Quiero decir que en un relato en primera persona no importa tanto en dónde se encuentre el narrador, ya que se ha dejado en claro que lo importante no es él, sino la historia que se está contando (a menos que ésta le haya dejado alguna secuela).

Distinto es el caso con un relato en tercera persona, porque constantemente hay que ir alternando entre el lugar donde los protagonistas se encuentran y el escenario donde transcurre la historia que se está contando. En “El inminente final” describí el bar desde el principio, dejándolo al margen durante casi todo el relato. Es por eso que en este cuento intenté no dejar aislada la garita donde ambos personajes se hallan al momento en el cual se cuenta la historia. Claro que eso conlleva el riesgo de que ambas historias terminen quitándose protagonismo entre sí. La verdad, hay que ser muy hábil (cuidado, no estoy vanagloriándome, porque no me considero tan diestro en la materia) para ser capaz de contar dos historias en simultáneo sin dividir las de alguna forma, ya sea en capítulos o cambiando el tipo de letra, y mantener el interés del lector.

Pende sobre mí, como si fuera la espada de Damocles, la duda (o más bien, dado mi forma de pensar, la certeza) de que tratar de darle una suerte de explicación a determinados sucesos puede quitarle parte de la “magia”, por decirlo de alguna manera. No ignoro que una fracción del encanto proviene de la falta de explicación, ya que desde siempre el misterio posee una inherente atracción que lo hace irresistible, mas a su vez, si quiero que mis cuentos tengan algún margen del cual asirse (a fin de seguir una línea invisible que me sirva de guía), debo dar este paso, el cual seguramente sea el más difícil para mí en lo que queda del dogma.

Sin embargo, también me parece que, si no expando mis horizontes a la hora de pensar en un relato, estos con el tiempo se volverían muy repetitivos. Una duda que me acecha siempre que se me ocurre alguna idea para escribir es “¿Esta idea no se parecerá mucho a otra que ya escribí?” No es mi deseo terminar creando un cuento aburrido o muy tomado de los pelos, pero necesito arriesgar de vez en cuando y salir de mi zona de confort, con la finalidad de ofrecer, a posteriori, algo de variedad.

En conclusión, no voy a mentir: me contentaría con que “Hilvanando” fuese un 6/10, pero en mi mente, la historia era, como mínimo, un 7.5/10. Las ideas estaban, así que lo que falló fue la ejecución (si es que, a fin de cuentas, realmente terminé fallando. Mi opinión es clara, pero ésta poco vale).

Bueno, hasta aquí la perorata, que no es mi intención seguir quitándole el tiempo, amable anónimo de color azabache profundo. Le deseo una buena velada.